



BIBLIOTECA

DC179

431

V-2

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

HISTORIA

DE LOS

GIRONDINOS.

LIBRO VEINTITRES.

La Asamblea y el pueblo.—El poder en la casa de ayuntamiento.—Los jefes salen de sus retiros.—El Consejo del Comun, germen de la Convencion.—Aspecto de la Asamblea.—Los peticionarios en la barra.—Despojos de palacio llevados allí por los combatientes.—Suspension del poder ejecutivo.—Decrétase la Convencion.—Campamento al lado de Paris.—Reposicion de Roland, de Servan y de Claviere.—Danton ministro de Justicia.—Sus palabras en la casa de ayuntamiento.—Paris en la tarde del 10 de Agosto.—Santerre y Lafayette.—El rey y su familia duermen en los Fuldenses.—El pueblo pide nuevos asesinatos.—Danton difiere para más adelante las venganzas populares.—La familia real es conducida al Temple.

I

Volvamos á la Asamblea. Esta, no habiendo sabido adoptar el partido de la revolucion ni sostener la Constitucion, sufria en silencio todos los golpes que le venian de rechazo de la parte exterior, y parecia que no estaba en sesion permanente sino para aceptar los actos cometidos por el pueblo. ¡Actitud pasiva y degradada! ¡Justo castigo de un cuerpo soberano que temia á la república sin atreverse á resistirla, y que la deseaba sin osar decidirse á servirla! El pueblo, que conocia la debilidad de sus representantes, era entónces la verdadera república y el único que gobernaba; pero lo hacia á la manera que lo hace siempre; es decir, en medio del desorden y llevándolo todo á fuego y sangre. Unicamente conservaba hácia la Asamblea una apariencia de respeto legal, para hacer ver con esto que respetaba alguna cosa; pero él se habia apoderado de la dictadura desde el momento en que se habia armado. Los homenajes que afectaba rendir á la Representacion nacional, eran más bien unas órdenes dadas bajo la simulacion del respeto. El verdadero poder residia ya en la casa de ayuntamiento, en los comisionados del Comun. El pueblo lo habia conocido, y les prestaba su apoyo. El pueblo tiene siempre el sentimiento del derecho supremo, es decir, el de su propia conservacion. Los comisionados del Comun no eran ya sus representantes, sino el pueblo de Paris personificado en unos cuantos individuos. Así es que en cuanto se decidió la victoria de resultas de la retirada del rey á la Asamblea y del asalto de las Tullerías, todos los hombres que eran politicos y prudentes á la par, y que por lo mismo habian aguardado lo que decidiese el destino para declararse, volaron en seguida á la casa

de ayuntamiento, y se instalaron allí en nombre de su opinion en el verdadero Consejo de los soberanos de las circunstancias.

Robespierre, que trataba de conservar siempre, no su persona, sino su fortuna popular, y que se había ocultado lo mismo de sus amigos que de sus enemigos, tanto durante la conjuración como mientras duró el combate, compareció aquel mismo día en el Consejo del Comun. Allí fué acogido por sus discípulos Huguenin, Sergent y Panis como el hombre de Estado de la crisis y el organizador de la victoria.

Danton, despues de haber tranquilizado á su mujer y besado á sus niños, fué á los Franciscanos á embriagarse con los aplausos de los conjurados de Charenton, y á imprimir en sus cómplices la actitud, el tono y la voluntad propios de aquel momento.

Hasta Marat salió del subterráneo en que estaba oculto hacía algunos días. Al oír los gritos de victoria, se lanzó á la calle á la cabeza de unos cuantos de sus fanáticos y de una columna de federados de Brest, paseándose largo rato por los parajes más públicos con un sable desenvainado y coronado de laurel. No contento con esto, se hizo proclamar comisario de su seccion, en nombre de sus harapos, de sus calabozos y de su furor. Con aquellos mismos satélites se dirigió á la imprenta real, donde se apoderó de las prensas, que trasladó á su casa como parte que le correspondía en el botín á causa de su genio privilegiado.

Tallien, Collot d'Herbois, Billaud-Varennes, Camilo Desmoulins, todos los jefes de los jacobinos y de los girondinos, todos los agitadores, todas las voces y todas las manos del pueblo, se precipitaron á la casa de ayuntamiento, é hicieron de un Consejo municipal el gobierno provisional de una nacion. A estos hombres se unieron luégo Fabre d'Eglantine, Osselin, Freron, Desforgues, Lenfant, Chenier y Legendre. Este Consejo provisional del Comun fué despues el germen de la Convencion. Escogió su papel, no lo recibió, y obró dictatorialmente.

II

La Asamblea no contaba trescientos miembros en su seno el 10 de Agosto. Los del lado derecho y los del partido constitucional, presintiendo que tendrian que sancionar únicamente la voluntad del pueblo ó perecer, no habian acudido á la sesion, de modo que la Asamblea sólo se componia aquel día de jacobinos y girondinos. Pero los bancos desiertos de representantes estaban llenos de hombres extraños al Congreso, de peticionarios, de miembros de los clubs y de trabajadores que, mezclados en desorden entre los diputados, ofrecian á la vista la imágen de la confusion del pueblo y de sus representantes, hablando, gesticulando, consultando y levantándose cuando lo hacian los diputados, como dominados por el peligro público que identificaba á la Asamblea con los espectadores. En una catástrofe que interesa todos los ánimos en la misma proporcion, nadie mira y todo el mundo obra. Tal era el aspecto de la Asamblea durante y despues del combate. Nadie peroraba; no se veian sino gestos repentinos y unánimes, gritos de horror ó de triunfo, juramentos renovados á cada instante como para justificarse con el estruendo de una aclamación cívica contra el que movian los cañones en las mismas puertas de la Asamblea; diputaciones que, apenas nombradas, trataban de

salir del salon, y que eran rechazadas adentro por la multitud; finalmente, votaciones nominales que no servian sino para gastar tiempo aparentando una acción que no existia, y que daban el suficiente á los acontecimientos para adoptar una resolución decisiva.

En cuanto el pueblo se vió dueño de palacio, los gritos de los vencedores, unidos á los de la multitud, penetraron en la Asamblea por ventanas y puertas. Esta se levantó en masa y se asoció al triunfo del pueblo, haciendo el juramento de mantener la igualdad y la libertad. A cada momento entraban en el salon varios hombres del pueblo con los brazos desnudos, las manos ensangrentadas y el rostro tiznado de pólvora, que, recibidos con aplausos por las tribunas, se dirigian en seguida á la barra, en donde contaban en breves palabras las pérdidas emboscadas de la corte, que bajo una tregua aparente habia atraído á los ciudadanos á la boca de los fusiles de los suizos para ser allí sacrificados. Otros, señalando á la tribuna del logógrafo, ofrecian sus brazos á la nacion para exterminar al tirano asesino de su pueblo. «Esa corte pérfida—exclamó uno de aquellos oradores, que tenia el pecho atravesado de un balazo—es la que ha hecho correr esta sangre. Nosotros no hemos podido penetrar en palacio sino pasando por encima de los cadáveres de nuestros hermanos asesinados en el peristilo. Sin embargo, aún hemos dado cuartel á algunos de los satélites de un rey parricida. A él sólo es á quien buscamos. Aquellos hombres no eran sino unos instrumentos de su traicion. Desde el momento en que estos asesinos pagados han rendido las armas, no vemos ya ni queremos ver en ellos sino unos hermanos.» Al decir estas palabras, abrazó á un suizo desarmado ya á quien habia traído de la mano, y cayó desmayado en el suelo, agobiado de la fatiga de aquel día y casi exánime por la mucha sangre que salia de su herida. Varios diputados se levantaron á un mismo tiempo á socorrerle, y consiguieron que volviese en sí. Apenas recobra sus sentidos, cuando vuelve á comparecer en la barra. «Conozco—dice—que voy recuperando mis fuerzas. Pido á la Asamblea que me permita llevar este infeliz suizo á mi casa; quiero mantenerle y ser su protector. ¡Esta es la venganza que toma un patriota frances!»

La generosidad de aquel ciudadano se comunica cual una chispa eléctrica á la Asamblea y á las tribunas. En seguida salen comisiones para contener el degüello. Hacen entrar en el patio de los Fuldenses á los suizos que estaban aún en el terraplen expuestos al furor del pueblo, y de este modo se les salva las vidas por el pronto. Aquellos soldados disparan sus armas al aire en prueba de confianza y de seguridad. Entónces se les hace entrar en los corredores, en los patios y hasta en las oficinas de la Asamblea. Los combatientes van acudiendo sucesivamente y depositando en la mesa de la presidencia la vajilla, el oro, la plata, las alhajas, los muebles de valor y hasta las carteras llenas de papeles que han encontrado en las habitaciones de los príncipes. Multitud de aplausos saludan este acto de desprendimiento. Las armas, el oro y los asignados y demas objetos que llevan los suizos encima son tambien depositados al pié de la tribuna. El rey y la reina asistian desde el fondo de la suya al inventario de los despojos hallados en lo más secreto de sus cuartos y en el interior de sus gavetas.

El presidente puso todos estos objetos bajo la custodia y responsabilidad de Huguenin, comisionado del nuevo ayuntamiento. El estampido de la artillería habia cesado, y el fuego de la fusilería iba disminuyendo. Los peticionarios exigian

á grandes gritos la cabeza ó la deposicion del rey. «No impedireis—decian—la venganza del pueblo si no haceis justicia. ¡Representantes, tened firmeza! ¡Teneis obligacion de salvarnos! ¡Atreveis á jurar que salvareis el imperio, y el imperio se salvará!» Estos clamores tenian todo el aspecto, no de una súplica, sino de un mandato terminante.

Los girondinos, indecisos hasta entónces entre humillar el trono ó suprimirle, conocieron que era preciso decidirse por este último partido, ó verse envueltos en su ruina. Vergniaud dejó la presidencia á Guadet, para que durante su ausencia quedase la Asamblea dirigida por un hombre de su faccion. La comision extraordinaria, en la cual los girondinos tenian la mayoría del número, de la importancia y del talento, se reunió acto continuo; la discusion no fué muy larga; el cañon deliberaba en su nombre, y el pueblo esperaba. Vergniaud tomó la pluma y redactó precipitadamente el acta de suspension provisional del trono. Volvió á entrar en el salon y leyó, en medio de un profundo silencio, á cuatro pasos del rey que le escuchaba, el plebiscito de la suspension. El sonido de la voz de Vergniaud era solemne y triste, su actitud melancólica, y su aspecto abatido. Sea que la necesidad de leer la condenacion de la monarquía en presencia del monarca hiciese nacer en su mente un sentimiento de compasion, sea que estuviese ya arrepentido del impulso que habia dado al acontecimiento, en el cual se reconociese instrumento pasivo de una fatalidad que le exigia más de lo que su conciencia podia consentir, ello es que pareció que declaraba ménos la victoria de su partido que su propia sentencia.

«Vengo,—dijo,—en nombre de la comision extraordinaria, á proponeros una medida bien rigurosa; pero yo apelo al mismo dolor de que estais penetrados para que juzgueis cuánto importa á la salud de la nacion que la adopteis en el momento. La Asamblea nacional, considerando que los peligros de la patria han llegado á su colmo; que los males que hacen gemir al imperio provienen principalmente de la desconfianza que inspira el proceder de los jefes del poder ejecutivo en una guerra que se ha emprendido en su nombre contra la Constitucion y contra la independencian nacional; que esta desconfianza ha provocado en todos los puntos del imperio el voto de que sea revocada la autoridad confiada á Luis XVI: considerandó asimismo que el Cuerpo legislativo no quiere engrandecer por ninguna usurpacion su propia autoridad, y que no puede conciliar su juramento á la Constitucion con su firme voluntad de salvar la libertad, apelando á la soberanía del pueblo, decreta lo siguiente:

»Se invita al pueblo frances á formar una Convencion nacional.

»El jefe del poder ejecutivo queda suspenso temporalmente en sus funciones; hoy mismo se propondrá un decreto sobre nombramiento de un ayo para el príncipe real.

»Se suspende el pago de la lista civil.

»El rey y su familia permanecerán en el recinto del Cuerpo legislativo hasta que la calma se restablezca en Paris, y el departamento hará preparar el Luxemburgo para su residencia, bajo la custodia de los ciudadanos.»

Este decreto fué aprobado sin discusion. El rey lo oyó sin sorpresa y sin dolor. Al tiempo de hacerse la votacion se dirigió al diputado Coustard, situado debajo de la tribuna del logógrafo, con el que habia hablado familiarmente durante la

sesion. «Lo que estais haciendo no es muy constitucional»,—le dijo el rey en tono de ironía, que contrastaba con la solemnidad de las circunstancias. «Es verdad, señor,—respondió Coustard,—pero es el único medio que hay de salvar vuestra vida.» Y votó contra el rey hablando con el hombre.

Pero este decreto, que dejaba la cuestion de la monarquía ó de la república en suspenso, y que aún prejuizgaba en favor de la primera indicando el nombramiento



Marat se pasea en Paris con un sable en la mano y coronado de laurel.—Pág. 6.

de un ayo para el príncipe real, no era sino una satisfaccion á medias, atendida la urgencia de la situacion. Deseado con pasion el dia anterior, fué aceptado con murmullos en el presente.

Apénas Vergniaud acabó de leer, los peticionarios más exigentes se presentaron en la barra é intimaron á la Asamblea que pronunciase la destitucion del rey pérfido, cuyo reinado debia terminar desde el momento en que habia permitido el derrame de sangre de sus vasallos. Vergniaud se repuso y justificó el fin y el objeto del ambiguo decreto de los girondinos. «Estoy satisfecho—dijo—de poder explicarme delante de los ciudadanos que están en la barra. Los representantes

del pueblo han hecho todo lo que permitian sus poderes cuando han decretado que se nombrase una Convencion nacional para deliberar sobre la cuestion de la destitucion. Entre tanto, la Asamblea no ha podido hacer otra cosa que pronunciar la suspension. Esta medida debe bastar al pueblo para asegurarle contra las traiciones del poder ejecutivo. ¿La suspension no reduce al rey á la imposibilidad de obrar? Yo espero que esta explicacion satisfará al pueblo, y que conocerá y sentirá la verdad.»

Las tribunas y los peticionarios escucharon con frialdad estas palabras. El diputado Choudieu hizo que se votase lo urgente que era la formacion de un campamento á las inmediaciones de Paris, y que la Asamblea se declarase en sesion permanente. En seguida se procedió al nombramiento de ministros.

Roland, Claviere y Servan, aquellos tres ministros girondinos depuestos por el rey, fueron repuestos sin más votacion que una simple proposicion de Brissot. Su nombramiento fué una satisfaccion del agravio que se les habia hecho anteriormente. Danton fué nombrado ministro de Justicia; Monge, de Marina; Lebrun, de Negocios extranjeros, y Grouvelle, secretario del Consejo de ministros. Monge era un matemático ilustre, Lebrun un hombre versado en la diplomacia, y Grouvelle un letrado subalterno y ambicioso. A las nueve de la noche se constituyó el gobierno. Los girondinos dominaban en él por Roland, Claviere, Servan y Lebrun; el ayuntamiento no tenia en el gabinete sino á Danton para contrarestar la influencia de la Gironda.

Apénas Danton fué nombrado ministro, cuando corrió al Consejo de la casa de la ciudad para rendir homenaje á sus cómplices por haberle elevado á un poder que acababa de conquistar para ellos. «Una bala de cañon me ha hecho subir al ministerio,—dijo á sus confidentes;—quiero que la revolucion éntre conmigo en el poder; ella constituye mi fuerza, y pereceré si la abandono.» En seguida nombró á Fabre d'Eglantine y á Camilo Desmoulins para las dos plazas más importantes de su ministerio. El primero era el satélite complaciente de sus ideas; el segundo, cortesano de su fuerza.

La Asamblea hizo redactar un extracto de los decretos de aquel dia, y envió una porcion de comisionados que los publicasen por todas las calles de Paris, acompañados de multitud de hombres con hachones.

III

El cielo estaba sereno; el ambiente de la noche y la emocion febril de los acontecimientos del dia convidaban á los habitantes á salir de sus moradas á respirar el fresco, tan agradable á aquellas horas en el verano. La curiosidad de saber lo que pasaba en la Asamblea y la de visitar el campo de batalla de aquella mañana, llevaban instintivamente hácia los diques, hácia los Campos Eliseos y hácia las Tullerías á los ociosos, á los jóvenes y á las mujeres de los barrios extraviados de la capital. Largas columnas de habitantes pacíficos recorrían los paseos ó estaban sentados bajo los árboles de las Tullerías, de que se hallaba ya posesionado el pueblo. Las llamas y el humo de los muebles devorados por el incendio en los patios salían por cima de los tejados de palacio é iluminaban las dos orillas del Sena. Las casas inmediatas á palacio por la parte del pabellon de Flora, en un radio de

mil quinientas toesas, cercado por los bomberos y zapadores, lanzaban llamas por cima de la galería del Louvre y amenazaban á cada instante abrasar el devastado palacio. El fuego, que reflejaba en el Sena entre el Puente Nuevo y el de Luis XVI, daba á las aguas el aspecto de un rio de sangre. Várias camillas conducidas por dependientes del ayuntamiento recogían en los Campos Eliseos, en la plaza de Luis XV, en el jardin y en los patios los cuatro mil cadáveres de los suizos, marseleses y federados que señalaban hacinados los parajes en que el combate habia sido más encarnizado. Las mujeres, adornadas como para un dia de fiesta, no temian aproximarse á estas camillas para contemplar los restos de la carnicería. Este pueblo, cuya tristeza no dura nunca un dia, se agitaba en medio de las conversaciones ordinarias en los parajes públicos. Los teatros estaban abiertos, y los espectadores se apiñaban á sus puertas, como si la caída de un imperio no hubiese sido para la ciudad sino un espectáculo dado ya al olvido.

Los marseleses, los de Brest y las masas de los arrabales se replegaron á sus cuarteles y á sus casas, despues de haberles costado la jornada más de tres mil seiscientos hombres; tributo desinteresado ofrecido á la revolucion, cuyo fruto debia ser recogido por sus hijos.

Estos soldados y este pueblo no habian combatido por el poder, y aún ménos por sus despojos. Rendidos de tanto trabajar y con las manos vacías, se volvieron á sus talleres á proseguir sus faenas. Trabajadores de la libertad, le habian dedicado un dia; combatieron por ella sin comprenderla, indiferentes á la fortuna del poder, á la monarquía y á la república, é incapaces de definir las palabras selladas con su sangre, pero impulsados como por un presentimiento divino á conquistar otros nuevos destinos á la humanidad. La clase media combatió en beneficio propio; el pueblo, únicamente por las ideas. Cosa extraña, pero cierta: los matices de estas dos clases eran tan marcados, que nadie pudo desconocerlos en los diversos accidentes de aquellas jornadas.

La guardia nacional, compuesta de la clase media, mezcla confusa de los partidos de Lafayette, de los girondinos y de Petion, no habia sabido impedir, obrar, atacar, ni defender. Temiendo por un lado la victoria del pueblo, deseosa por otro del triunfo de la corte y de la aristocracia, no habia tomado partido sino por sí misma. Reunida con trabajo, indecisa en sus movimientos, rehusando dar su iniciativa á la república y su apoyo al rey, habia permanecido arma al brazo entre el palacio y los arrabales, sin prevenir el choque ni decidir la victoria, y pasando despues cobardemente al lado del vencedor, no hizo fuego sino sobre los fugitivos.

Ahora se volvia humillada y consternada á sus tiendas y á sus escritorios. Justamente habia perdido ya su influencia sobre el pueblo. Ella no debia ser en adelante sino la fuerza de parada de la revolucion, destinada á asistir á todos sus actos, á todas sus fiestas y á todos sus crímenes; decoracion viva y vana á las órdenes de todos los tramoyistas de la república.

Desde el oscurecer del 10 de Agosto, la guardia nacional habia desaparecido. Las picas y los harapos habian reemplazado á las bayonetas y á los uniformes cívicos en los puestos y en las patrullas que se establecieron de nuevo ó pululaban por Paris. Los marseleses y los federados daban sólo algun aparato marcial á estos destacamentos del pueblo armado. Santerre, afectando en su exterior la